

tos de la experiencia, es la consecuencia natural de la armonía de nuestras facultades en la constitución de la experiencia. Es, pues, probable que Leibniz no considerara más que este papel regulador otorgado a la idea de armonía, al expresar la obligación para nuestro espíritu de comprender la organización de nosotros mismos y de las cosas, sólo como si ella respondiera a una finalidad debida a una causalidad suprema.

Soy el primero en afirmar que, para las necesidades de su causa, Kant hace violencia manifiesta al pensamiento de su antecesor y que Leibniz no habría visto en este apéndice más que una mala interpretación de su doctrina. No importa. La táctica kantiana es clara. Kant ha querido anexarse el gran nombre de Leibniz para neutralizar la táctica de su adversario. En efecto, al leer a Kant, debe decirse que Leibniz había sentido la urgencia del problema planteado y resuelto por Kant, y nada sirve más hábilmente a la originalidad y al valor del criticismo, a los ojos de los contemporáneos, que la demostración de que la metafísica leibniziana misma no es más que una anticipación lejana del criticismo. Este criticismo pierde así gran parte de su aureola revolucionaria, pero Kant tenía buenas razones para creer que el llamado que Eberhard dirige a Leibniz se convertirá finalmente en un solemne homenaje al criticismo, el cual, al explorar el fondo del pensamiento leibniziano, constituye una apología más bella del gran filósofo que ese wolfianismo atrasado al que Eberhard quería reducirlo. No haciendo caso de la exactitud, el *Entdeckung* nos muestra que Kant sabía, en caso necesario, moverse con paso alerta en el *forum* de la disputa, responder rápidamente por argumentos *ad hominem* vigorosos y salir honorablemente de un mal paso, con una habilidad para maniobrar a la que no podemos dejar de rendir homenaje.

## § 2. Variaciones sobre el mismo tema

[Cf. La deducción III, 444-490]

La clase de física de la Academia de Berlín había puesto a concurso en 1788 la cuestión de los progresos realizados por la metafísica desde la muerte de Leibniz. Por inadvertencia se perdió de vista esta cuestión hasta 1790; después se prorrogó en dos ocasiones el plazo máximo, respectivamente hasta

1792 y 1795. Esta sabia corporación coronó entonces la Memoria del wolfiano Schwab y concedió dos premios secundarios a los kantianos Reinhold y Abicht. La Academia estipulaba que no se contentaría con un catálogo y una nomenclatura de sistemas sino que, por sus apreciaciones razonadas, las respuestas deberían reflejar, tan exactamente como fuera posible, el estado actual de la filosofía. Schwab no distinguía ningún progreso, convencido como estaba de que la metafísica se encontraba aún, a fines del siglo, en el estado en que Leibniz la había dejado al morir. Los kantianos que se distinguieron en el concurso se limitan a elogiar la excelencia de sus propias ideas y se lanzan a fondo en una apología personal. La cuestión puesta a concurso era de índole de suscitar el interés de Kant. En efecto, le suministraba la ocasión inesperada de poner frente a frente la filosofía que él encontró a mediados del siglo con la que él legaba a sus contemporáneos, desde que el criticismo había hallado su forma perfecta y definitiva. Por otra parte, el criticismo era presa justamente de los ataques combinados del wolfianismo atrasado y del romanticismo naciente, y el concurso ofrecía una ocasión demasiado buena para no aprovecharla. Un premio de la Academia, obtenido en estas condiciones, habría superado con mucho los límites de un simple homenaje. Podía pasar por tener una significación histórica y consagrar solemnemente la superación de una época filosófica, así como los comienzos de la era crítica, victoriosamente asentados sobre la ruina de la otra.

De hecho Kant pensó en participar en el concurso a partir de 1792, es decir cuando su última prórroga, pero abandonó la partida por motivos que ignoramos: ¿razones personales? ¿molestias de la edad? ¿temor a la censura? No intentemos adivinar. En 1800 Kant pasó a su amigo Rink tres manuscritos con fines de publicación, lo que muestra bien que, en su espíritu al menos, el manuscrito estaba lo suficientemente a punto para sostener la prueba del público, como trabajo de su propia mano. Los tres manuscritos, igual que los arreglos de Rink, plantean, naturalmente, una multitud de problemas, de críticas, de exégesis y de reconstituciones de textos, que he tratado de resolver en otra parte y que es inútil —pienso— volver a tratar aquí. Dos manuscritos, sea dicho de paso, no forman dos redacciones independientes entre sí, sino dos

partes que pertenecen orgánicamente a una misma Memoria; un tercero vuelve a tratar la cuestión en toda su amplitud pero la abandona bastante pronto.

Se puede tener por seguro que la Memoria, cuyo texto incompleto lleva el título de: *Welches sind die wirklichen Fortschritte die Metaphysik seit Leibniz'ens und Wolf's Zeiten in Deutschland gemacht hat?* [¿Cuáles son los progresos reales que la metafísica ha hecho en Alemania desde los tiempos de Leibniz y de Wolf?], habría podido llegar a ser uno de los más interesantes trabajos de Kant. La mirada retrospectiva habría sido doblemente preciosa: primero, desde el punto de vista doctrinario, Kant tenía ante los ojos el conjunto de su sistema y podía, entonces, confrontarlo fácilmente con el wolfianismo y situarlo así en el lugar exacto que él le destinaba personalmente. Tal como se encuentra, este trabajo inacabado nos informa sobre las preocupaciones intelectuales de Kant. Nos hace asistir a las repercusiones provocadas en su pensamiento, tanto por el retorno agresivo del wolfianismo, como por la apostasía de sus alumnos — de la que hablaremos en el próximo párrafo. Marca una etapa importante en el oscurecimiento de la distinción entre la propedéutica crítica y el sistema trascendental. En fin, Kant desciende de las alturas abstractas de la especulación pura a la arena donde las ideas, consideradas en su aparición temporal, se convierten en momentos históricos, y establece así las líneas directrices del gigantesco esfuerzo de una carrera intelectual consagrada completamente a la elucidación de un solo problema.

Kant acababa de confrontar criticismo y wolfianismo en el *Entdeckung*; lo vuelve a hacer en los *Fortschritte*, pero de otra manera. La primera obra, de preocupaciones apologéticas, se mantiene en el plan diplomático de la conciliación: era útil llenar, en la medida de lo posible, el foso que separa a los dos sistemas. En los *Fortschritte* Kant se ha liberado de toda intención polémica y tenía interés en ostentar, con toda su fuerza, la originalidad de su filosofía crítica, que interpreta como el único progreso realizado en el curso del siglo XVIII. Al mismo tiempo se presentaba la ocasión de precisar los contornos esenciales de esta filosofía y de introducir algunas particularidades que marcan un desarrollo incontestable en el contenido de su pensamiento; tales como el agrupamiento de toda la discusión en torno al núcleo viviente de la actividad

sintética del sujeto y el papel, cada vez más importante, que desempeña la intuición formal — gracias a la cual estética y analítica se compenetran al fin para no formar ya más que una sola síntesis creadora. Ninguna otra obra nos muestra con igual evidencia cuán absurda es la interpretación positivista del criticismo, que ve en Kant al enterrador de la metafísica. Kant ve en la metafísica el más poderoso resorte de la personalidad humana. Él cree en la indestructibilidad del interés por la metafísica. No tiende a desenraizarla sino a hacerla invulnerable. En torno a la noción de metafísica Kant ha agrupado toda su obra. La define primero, la compara después con el criticismo, al que vuelve a tomar en esta ocasión, en sus más importantes articulaciones; marca su progreso detallando los tres estadios que se pueden distinguir —según él— en su evolución. Con ayuda de este plano es fácil orientarse en la Memoria.

Bajo la influencia directa de Eberhard y del *Entdeckung*, Kant define la metafísica como la ciencia del paso de lo sensible a lo metasensible, es decir como la ciencia que nos señala la marcha del espíritu para liberarse de las condiciones de lo sensible. Esta noción de la metafísica se desdobra inmediatamente en una noción material y formal. En tanto material, la metafísica corresponde a la ontología o al estudio de todo el dominio del conocimiento *a priori* sin distinción de especie, de suerte que la distinción, anteriormente establecida, entre ella y la filosofía trascendental, desaparece casi completamente. Esta ontología puede aplicarse, primero, a objetos determinados, pero nunca ha sido intentada de esta manera, porque el conocimiento *a priori* implicado en la física nunca ha sido diferenciado claramente de la física misma. Kant llama inmanente a una metafísica que codifica las leyes *a priori* de la física. Otra forma de esta metafísica se ocupa de lo no-sensible. Tal era su concepción clásica, que no debe rechazarse simplemente como falsa, por la razón de que Kant había reconocido la utilidad positiva de la *Crítica* en 1787.

Al lado de esta primera definición, basada en el objeto formal, Kant define también la metafísica por el método y por los procedimientos; ve en ella, entonces, la ciencia del conocimiento racional por conceptos, que se detiene en los principios cuyo conjunto forma el sistema de la filosofía pura, teórica. A ella corresponde el cuidado de estudiar y de apre-

ciar la capacidad de las funciones subjetivas implicadas en el conocimiento. Supone la crítica previa de la razón pura, que tiende a determinar lo que puede pretender la razón, en sus relaciones con la experiencia o desprendida de estas relaciones. Estudiar el progreso realizado por la metafísica, desde la desaparición de Leibniz, consistirá pues, necesariamente, en estudiarla en su doble modalidad. Sólo que estas dos modalidades no están coordinadas. Se trata de detenerse, primero, en la naturaleza y en el valor de la metafísica como método y como sistema del conocimiento teórico. Tal es el objeto de una crítica de la razón y esta crítica debe, pues, concebirse como la propedéutica general a la metafísica.

Con todo, apreciar el progreso realizado por una ciencia supone un patrón de medida. En el conocimiento *a priori*, éste consistirá en la idea de lo que se debe hacer en este orden, y tal idea permite apreciar lo que se ha hecho. La *Crítica* teórica expone esta idea óptima, de la que Kant reexpone toda la parte resolutive. Agrupa esta exposición, como en los *Prolegómenos*, en torno al juicio sintético *a priori*: establece la realidad de este juicio, después su valor y, en fin, la extensión sintética del conocimiento *a priori*. La posición misma de tal juicio o el reconocimiento de su realidad, nos transporta inmediatamente fuera de la órbita de la lógica formal para la cual el juicio sintético es ininteligible. Leibniz lo ha ignorado completamente y el primer progreso sensible, realizado por la metafísica desde su muerte, reside, por consiguiente, en reconocer un juicio semejante. El otro progreso consiste en la solución del problema que él plantea, y es ésta la esencia y al mismo tiempo el valor del criticismo, en la historia de las ideas filosóficas. En cuanto a la posibilidad de este juicio, Kant repite, sin modificarla, la demostración de la *Crítica*; pero la verdadera originalidad de la exposición de la Memoria incompleta de Kant reside en el tercer objeto de investigación, o sea en la distinción entre el juicio sintético y el conocimiento *a priori* mediante el juicio sintético. Ahora bien, se puede interpretar esta distinción de dos maneras diferentes. En efecto, no comprende la cuestión ¿cómo son posibles las matemáticas?, sino ¿cómo son aplicables a objetos físicos? y ¿cómo esta física es extensible a lo meta-sensible? Comprende, por otra parte, la cuestión de la validez objetiva. Si el conocimiento es siempre objetivo y el sin-

tético no lo es necesariamente ¿cómo objetivar el conocimiento sintético *a priori* cuya esencia es puramente formal en sí?

Como en todas las otras exposiciones, esta centralización de la Memoria en torno al problema de lo sintético *a priori*, está constantemente atravesada por la otra *positio quæstionis* de la posibilidad de la experiencia. Es ella la que representa, a menudo, la tarea más alta de la filosofía trascendental. El recuerdo de sus censores escépticos, que le reprochaban el carácter arbitrario de su concepción de la experiencia, es aquí vivaz. A pesar de esto, tampoco aquí el desdoblamiento del problema crítico aparece contradictorio, aunque Kant continúe dando pie a la objeción escéptica, puesto que en la continuación *Erfahrung* y *Erkenntnis* son sinónimos. Sólo que se nota que Kant se sirve de preferencia de la fórmula del juicio sintético cuando se trata de debatir las cuestiones vecinas a la deducción metafísica, y de la experiencia en las exposiciones equivalentes a la deducción trascendental. Así la posibilidad de la intuición y del concepto *a priori* es resuelta sin el recurso a la experiencia, mientras que el valor objetivo de estos elementos no resulta del análisis mismo del juicio sintético.

Es claro que no puedo volver a tratar de toda la dialéctica del criticismo a propósito de estos dos problemas y sobre todo a propósito del problema de la objetividad. El análisis de la razón puede explicarnos el pensamiento de estos objetos. Sólo que no hay inferencia inmediata del pensamiento o del concepto a la posibilidad real del objeto. Hay, pues, que dirigirse a otro procedimiento para mostrar la posibilidad de la exposición del concepto *a priori* en la intuición, sinónimo de la objetividad. El manuscrito titulado # 1 detalla la exposición por la vía inversa. Como en 1787, abre el debate por la noción crítica del *Erkenntnis*, constituida por el concepto y la intuición; estudia sucesivamente estos elementos en su posibilidad y en su validez, que corresponden a las deducciones metafísica y trascendental. Este plan, fruto de una visión retrospectiva clara y precisa sobre la estructura interna del criticismo, denota una gran superioridad sobre la *Crítica* misma. Le he reprochado, anteriormente, el hacer fatal la distinción entre la estética y la analítica, que necesitan de correcciones recíprocas incesantes. Ahora bien, en la Memoria la unidad de estas dos partes resulta claramente del razonamiento kan-

tiano. Kant se dio cuenta de ello, seguramente, cuando le llegaron las dudas y las vacilaciones de un Maimon, de un Beck, de un Schultze y de un Reinhold. No carece de interés el hacer notar que Kant, en el momento de redactar nuestros fragmentos, discutía el asunto con Beck y que recupera de este último su propio principio para hacer frente a esta tarea de soldadura y unificación de las diferentes partes de la *Crítica*. Kant, por otra parte, aprueba sin restricción, a mediados de 1792, la reorganización del criticismo que intentaba Beck bajo la égida del principio de la *Zusammensetzung*.

El mismo fin de unir indisolublemente las dos partes del criticismo, explica la importancia creciente que toma la tesis de la intuición formal. Es ella la que, en los *Fortschritte*, implica la necesidad de la existencia de conceptos puros y pone el factor principal en la demostración de su valor objetivo. El espacio y el tiempo, en tanto representaciones determinadas, son construidos por el sujeto y la función que preside en ellos es la *Zusammensetzung*, cuya expresión es el concepto puro. Reciben su validez objetiva del procedimiento constructivo mismo que expone un concepto en la intuición *a priori*. Resulta de allí que el único factor no sensible que podemos encontrar en el análisis del conocimiento en general es la *Zusammensetzung*, y esto confirma el parágrafo 15 de la *Crítica* de 1787, pues *Zusammensetzung* es a *conjunctio* lo que un término alemán es a un término extranjero, y Kant se ha apartado de sus expresiones anteriores bajo la influencia de su alumno Beck.

Es incontestable que Kant se lanza aquí por la vía de un dinamismo intelectual cuyo fin lógico es la idealización de la materia engendrada, a ejemplo de lo que ocurre en las construcciones matemáticas, por la función propia del entendimiento. Pues el origen de la materia *a priori* no puede encontrarse más que en ésta. Es fácil ver en la reexposición de la doctrina, en los *Fortschritte*, cómo se verifica esto plenamente. La estética se vuelve a tomar sin modificación, al igual que la deducción metafísica. La primera profundización de la doctrina se encuentra en el punto preciso donde Kant quiere reconstruir un paso lógico de esta deducción a la de la objetividad. Hemos encontrado tal paso en 1787, pero en otro lugar. Las categorías suponen orgánicamente una intuición correspondiente, pero no necesariamente una intuición espa-

cio-temporal o sensible. Son, pues, en sí mismas, independientes de la forma específica que reviste la intuición, y tal será el fundamento de la necesidad de una deducción de su validez. Si estuvieran siempre ligadas a la intuición sensible serían siempre objetivas. Por tanto, el problema sólo se plantea si suponemos que la objetividad reside en la aplicación de las categorías a lo sensible. Ahora bien, la intuición formal suministra la clave de esta demostración.

La resolución del problema crítico por excelencia, por la oposición entre el empirismo y el racionalismo, constituye una de las originalidades de los *Fortschritte*. Es vano buscar esto anteriormente. A la cuestión de saber si el conocimiento puro supone la experiencia sensible como fundamento de su valor objetivo, el empirismo responde sí y el racionalismo responde no. Adoptar el punto de vista empirista es caer en una contradicción, puesto que entonces la regla *a priori* de la experiencia sería ella misma empírica. El racionalismo busca un principio generador de las reglas *a priori* más allá de la percepción y lo encuentra en la *Zusammensetzung*. Ésta es la fuente de los factores *a priori* implicados en el conocimiento; ella crea así la intuición formal y reviste con la misma forma todas las representaciones sensibles indistintamente. Ahora bien, la intención recíproca, que manifiestan la intuición *a priori* y la categoría, en la constitución de la experiencia, se eleva al rango de elemento objetivante supremo. La objetividad es un valor limitado a los datos donde aparece esta intención. Cuando esta intención no aparece, no se puede hablar de objetividad.

La función de exponer la categoría o la *Zusammensetzung* en la intuición correspondiente, pertenece a lo que Kant llama el esquematismo y aprovecha la ocasión para responder a un reproche muy real que puede dirigírsele a la *Crítica* en relación con esto. He dicho ya más de una vez que el procedimiento subsuntivo que caracteriza al esquematismo no está construido para expresar el dinamismo intelectual al que llega Kant en su Memoria, y que permite aproximar el concepto puro a la intuición. Ahora bien, Kant se ha dado cuenta de ello, pues se dirige al acto sintético, para operar la unidad definitiva de los dos constituyentes. Además, el principio mismo invocado en los *Fortschritte* debía atraer la atención de Kant sobre una doctrina que la *Crítica* no enun-



ciaba. El solo, el único elemento *a priori* es la *Zusammensetzung* — declara Kant, siguiendo a Beck. En tanto tal, no se ve cómo esta función se distingue en su aplicación, y sin embargo es claro que esta función, originariamente idéntica, se descompone en su actualización concreta en cierto número de especies de actos o de categorías. No se puede referir el origen de su diferenciación a la operación única de este *a priori* que es, por esencia, una fuente de identidad. Estas diferenciaciones se requieren en correspondencia con las representaciones sensibles de los objetos en el espacio y en el tiempo. Esto quiere decir —me parece— que la diversidad *a priori*, fundamento de la intuición formal, es el principio disociador de las funciones distintas de la *Zusammensetzung* general. Esta diversidad *a priori* adquiere, pues, una importancia capital en este desarrollo, puesto que pone en crisis todo el aparato trascendental. En estas condiciones es muy lamentable tener que comprobar que Kant se abstuvo prudentemente de decirnos con claridad y precisión cuál es el origen de esta diversidad *a priori*. Todo lleva a creer que, en el momento en que estamos, no tiene otro origen que la actividad del sujeto lógico, y así son Beck y Fichte quienes finalmente tendrían razón en su exégesis del criticismo.

Tales son las nuevas articulaciones que Kant introdujo cuando, habiendo pasado bajo el fuego de la crítica, iba a reexponer su doctrina en armonía con las nuevas tendencias, que se imponían por todas partes a su atención siempre despierta. ¿Hay que creer, por esto, que Kant abjura de sus exposiciones anteriores? De ninguna manera, puesto que no son contradictorias. Kant ha sido sensible a la profundización que su doctrina acababa de sufrir por parte de sus alumnos, y la ha repensado en función de su exégesis y de su vocabulario. A causa de esto los *Fortschritte*, sin ofrecer puntos de vista absolutamente nuevos, nos dan sin embargo un texto complementario, que nos abre una perspectiva sobre las profundidades del criticismo que Kant no había tenido la ocasión o el valor de explorar en la década constructiva que va de 1781 a 1790.

Esta exposición, más o menos fiel, del criticismo no ha sido introducida por el solo placer de repetir siempre la misma doctrina; al contrario, tiene un papel bien preciso que desempeñar. Descubre la unidad de medida indispensable

para señalar el progreso filosófico en el activo del criticismo. Después de haber definido la metafísica y después de haber desarrollado el criticismo, Kant completa su respuesta a la cuestión del concurso, estudiando el progreso que el criticismo representa en comparación con la filosofía wolfiana-leibniziana. La exposición del criticismo no es un fin, sino un medio de demostración. Ante la necesidad de apreciar el progreso recorrido por la ciencia, definida como la ciencia del paso de lo sensible a lo metasensible, el criticismo aparece como la unidad de medida, puesto que sólo él permite determinar el uso objetivo así como los límites del conocimiento *a priori*, que conduce al resultado de que es ilusorio el conocimiento objetivo de lo metasensible.

¿Esta ilusión es total o sólo es relativa? Declararla total es desembocar en el escepticismo y Kant debía aceptar la ilusión relativa y descubrir en la crítica de la razón misma los elementos necesarios para fundar esta relatividad. Es esta relatividad, también, la que marca el único progreso que Kant pueda reconocer. Pues hay que distinguir entre dos clases de progreso en la metafísica: un progreso enteramente ilusorio, en que la metafísica pretende conocer lo metasensible; y un progreso indiscutible. Desgraciadamente Kant oscurece sin descanso su pensamiento, porque confunde sin cesar los dos progresos. El progreso ilusorio se escalona siempre en tres etapas: progreso dogmático, escéptico y crítico, tomados estos términos en su acepción común. El progreso real se subdivide en otras tantas etapas que llevan los mismos nombres, pero esta vez tomados en un sentido completamente particular. Debemos tomarnos el trabajo, por consiguiente, de distinguir lo que corresponde a cada una de ellas.

El primer progreso, ilusorio ciertamente, cuyo desarrollo esboza Kant, dibuja una curva a partir de la ilusión dogmática hasta la prudencia crítica. El dogmatismo consistía en la elaboración de la ciencia de lo metasensible, sin un examen previo de la posibilidad del conocimiento *a priori* en general, el cual reposa por un lado sobre el falaz ejemplarismo de las matemáticas y, por el otro, sobre la confirmación negativa de la experiencia, que no puede contradecir a tal ciencia. El escepticismo presenta entonces un carácter de retroceso de la razón que no puede volverse permanente. La duda universal de esta posibilidad no es seria en caso de que el *a priori*

se vierta en lo sensible, pero marca un progreso incontestable cuando se la interpreta como una invitación dirigida al dogmatismo para criticar sus propios principios *a priori*. Aquí el fracaso del dogmatismo estalla en toda su fuerza, no porque la metafísica dogmática se tope con la experiencia, sino porque la crítica que le aconseja el escepticismo la coloca ante las antinomias y arruina, a causa de ellas, la confianza en la razón misma. Confusión evidente entre el escepticismo pirroniano y la crítica que ofrece la dialéctica trascendental. En fin, el criticismo es la última etapa que Kant ha recorrido en su célebre trilogía, cuyo fin consiste en determinar el conjunto de las condiciones que presiden la extensión del conocimiento *a priori* a lo sensible y a lo metasensible. Estas tres etapas decidirían, en rigor, el lugar que ocupa el criticismo en la evolución de la filosofía y serían capaces de aclarar la curva del progreso, si Kant hubiera trazado realmente las etapas históricas tal como la Academia de Berlín lo exigía. Sólo que él no era historiador y se apresuraba a abandonar la primera tríada más o menos histórica, para esbozar otra tríada doctrinaria que respondía mejor así a su temperamento sistemático.

Esta nueva tríada consiste en una etapa teórica-dogmática denominada *Wissenschaftslehre*, en una segunda etapa escéptica llamada *Zweifellehre* y, en fin, una tercera etapa práctica-dogmática llamada *Weisheitslehre*. La primera construye un saber científico-teórico o un sistema crítico del conocimiento; la segunda representa una disciplina de la razón o del saber racional; la tercera nos conduce a la razón práctica. Sin embargo, lejos de desarrollar simplemente estos tres estadios según un plan uniforme, Kant se complace en acumular dificultades, confundiendo aún los puntos de vista, en el marco de la nueva tríada. Encontramos en nuestros manuscritos una primera forma en la cual la doctrina de la ciencia designa a la estética y a la analítica reunidas; el escepticismo a la dialéctica, y la sabiduría a la razón práctica. Pero encontramos otra forma en la cual la ciencia corresponde a la ontología, el escepticismo a la cosmología y a la psicología, y la sabiduría a la teología. La descripción de estas tres etapas muestra cómo las dos formas pueden conciliarse mezclándose: la primera está orientada por la estructura del criticismo; la segunda sigue más fielmente las divisiones clásicas de la me-

tafísica. El dogmatismo consiste, ya en la exposición de la *Crítica*, ya en una crítica de la ontología wolfiana. El escepticismo designa en los dos casos la dialéctica crítica, mientras que el criticismo corresponde o a la *Crítica* práctica, o a la dialéctica y a la *Crítica* práctica reunidas.

Kant testimonia en el detalle de su exposición una marcada preferencia por la segunda forma. Es así como la exposición de la etapa dogmática se transforma generalmente en una crítica apretada de la ontología wolfiana-leibniziana, donde Kant lleva la discusión a los tres principios encontrados en el párrafo precedente, pero a los que añade aquí un cuarto, justamente el principio de los indiscernibles. Kant muestra un cambio completo de actitud hacia su predecesor. Las necesidades de la polémica habían tenido por efecto obligar a Kant, en el *Entdeckung*, a disminuir en la medida de lo posible la distancia que lo separa de Leibniz, mientras que los *Fortschritte* prueban que no se debe tomar demasiado en serio el movimiento de retorno que allí realizaba. Acusa al dogmatismo leibniziano de moverse exclusivamente en la esfera lógica cuando invoca, para explicar la existencia de las cosas, los principios formales de la razón; critica, sin añadir nuevos elementos, la concepción de la intuición en tanto que facultad de conocimiento oscuro, de suerte que el verdadero progreso realizado por el criticismo consiste en haber desembarazado al teatro de la filosofía de esta marcha dogmática hacia el reino de lo metasensible.

El escepticismo es asimilado a la dialéctica que recusa a la metafísica especial y que, aunque haya sido anunciada como la crítica de la cosmología y de la psicología racionales, se limita a destacar las antinomias. La movilización de las antinomias ha tenido siempre por fin el denunciar y el desarmar al dogmatismo cosmológico, pero aquí persigue un fin positivo subsidiario: de esta prueba, la más dura a que pueda ser sometida la razón, brota la necesidad de la distinción entre fenómeno y noúmeno; así como las antinomias dinámicas establecen la realidad del noúmeno e indican una vía de acceso al dominio de lo trascendente, prefigurando la solución práctica que este problema implica.

Como podía esperarse, la etapa crítica es tratada con el mayor cuidado y con el mayor amor. Para responder a los *desiderata* del Concurso, Kant vuelve a trazar, en una parte

positiva, la posibilidad del paso a lo metasensible por la vía práctica y rechaza, en una parte negativa, la metafísica wolfiana. La *Crítica* establece, de una manera inatacable, que en los límites de la razón teórica el conocimiento de lo metasensible debe ser formalmente rechazado, pero, a pesar del agnosticismo de esta posición, indica el sesgo por el cual la razón puede, sin demasiados daños, correr el riesgo de una metafísica trascendente. En efecto, conocer la naturaleza y comprenderla son dos cosas muy diferentes. Conocerla es captar su realidad fenoménica, rigurosamente mecánica; comprenderla es considerarla como si hubiera producido las cosas de acuerdo con un fin. Ahora bien, esta analogía no se justifica por una necesidad de la ciencia, sino por una necesidad moral. La libertad es un hecho indiscutible, inteligible sólo por un fin último que reside en el bien supremo, el cual no se comprende sin la inmortalidad y sin la existencia de Dios. Estos objetos no los conocemos como son en sí mismos, sino como deben ser para que se realice el bien supremo. Ahora bien, la aquiescencia necesaria a una idea o la aceptación de una proposición teórica a causa de necesidades de la razón práctica, se llama fe. Por tanto la vía teórica o la ciencia no se aproxima a lo metasensible; no hay, pues, paso verdadero de lo sensible a lo metasensible. Pero por otra parte, por la fe realizamos las ideas metasensibles, es decir les damos objetos. Por tanto, en el orden práctico, el paso es real y es éste el único progreso al que puede aspirar la metafísica.

Ocurre lo mismo con la teología práctica. El criticismo, en su parte negativa, recusa a la teología cosmológica en sus vanas tentativas para probar apodícticamente la existencia de Dios. No hay nunca verdadera prueba directa de su existencia, pero ella es postulada una vez más como el fin último del hombre. Pero entonces toda argumentación se hará siempre *κατ' ἀνθρώπον*, nunca *κατ' ἀληθειαν*. El optimismo cosmológico o la creencia de que la creación progresa indefinidamente hacia lo mejor, que resulta de la teología cosmológica, no puede nunca ser objeto de una prueba teórica y científica: es una exigencia de nuestra naturaleza moral. Por consiguiente estos conceptos, que son falsos e injustificables en el marco teórico, adquieren un valor y una realidad morales. Ocurre lo mismo con la teología psicológica: probar la inmortalidad del alma es una apuesta; encontrar la exigencia de la inmor-

talidad en la prolongación del hecho moral y de su condicionamiento, suministra una certeza práctica.

Nos encontramos pues en los *Fortschritte* ante una concepción bastante singular de la metafísica. Es la ciencia en la que se opera el paso de lo sensible a lo metasensible. Éste paso no se efectúa por una filosofía análoga a la de Leibniz sino propiamente por la trilogía crítica. Así el criticismo, o —dicho de otra manera— la filosofía trascendental, no aparece ya como una simple propedéutica para un sistema futuro, sino como el sistema de metafísica integral; esta metafísica es precedida por una *Crítica* de la razón pura, que fija los límites de estas capacidades cognoscitivas. Ella forma, pues, parte integrante de la filosofía trascendental y no está únicamente destinada a servirle de soporte. Poco a poco la filosofía trascendental se confunde con la metafísica misma. Comprende la moral y la teología. Es el sistema cuya estructura —dice Kant en un apéndice— rigen dos ideas: justamente la idealidad espacio-temporal y el concepto de la libertad. La idealidad está en el origen del fenomenismo y es ella la que representa la principal aportación al criticismo teórico. La deducción, por consiguiente, ya no es más que indirectamente el problema crítico, de suerte que los *Fortschritte* están más próximos a la nota de los *Anfangsgründe* que a la *Crítica*. La idealidad debe limitarse a preservarnos de ideas sobre lo metasensible. Es la libertad la que abre la vía por la que penetramos en él.

Hay que recordar, en lo siguiente, que los *Fortschritte* se caracterizan así, en su parte crítica, por una tendencia progresiva hacia el idealismo, por la exposición de la *Zusammensetzung*, principio constructivo del conocimiento. La misma Memoria se distingue también, en su parte histórica-sistemática, por una modificación notable, en las relaciones recíprocas de las grandes divisiones de la *Crítica*. La posición de la *Crítica* se ha modificado considerablemente, así como la de la filosofía trascendental. El conjunto crítico en sus tres partes se eleva hasta el nivel de la filosofía misma, en lugar de ocupar, como en la *Crítica* teórica, el lugar modesto de una anticipación. Estas dos tendencias se convertirán, cada vez más, en los nuevos ejes del pensamiento del maestro, quien no tardará en dar el último retoque al eterno problema que llenó su carrera.